

El universo es una biblioteca

José Andrés Rivas

de tres momentos de su vida, al menos, Borges evocó otras tres experiencias diferentes de su relación con las bibliotecas. Al primero de ellos lo recuperó en el Prólogo de su *Evaristo Carriego*:

"Yo creí durante años haberme criado en un suburbio de Buenos Aires, un suburbio de calles aventuradas y de ocasos visibles. Lo cierto es que me crié en un jardín, detrás de una verja con lanzas y en una biblioteca de ilimitados libros ingleses." (O.C.,101)¹.

El segundo pertenece a su época como

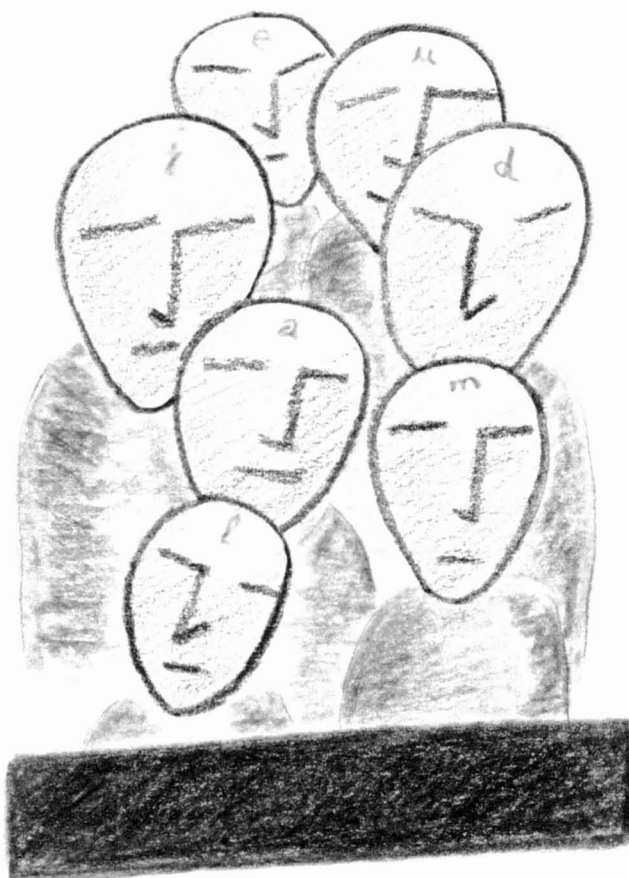
"auxiliar primero en la sucursal Miguel Cané de la Biblioteca Municipal, en un barrio gris y monótono hacia el suroeste de la ciudad"

entre 1937 y 1946². En el tercero, siendo el ya mitológico Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, le tocó la "*magnífica ironía*" de que Dios le hiciera vagar por una "*alta biblioteca ciega*", a él que se "*...figuraba el paraíso/ bajo la especie de una biblioteca*"³.

En todos los casos, los diferentes rostros de esa biblioteca se concentran en símbolos de una realidad que lo trascendía. Esta circunstancia no es inexplicable en las páginas de quien confesaba que había tenido una vida menos dedicada a vivir que a leer. Pero esas imágenes también cambian de acuerdo con las circunstancias en que le tocó vivirlas y es significativo que las mismas respondan a tres estaciones diferentes de su vida.

La primera, la biblioteca de su infancia, fue para aquel niño de aguzada sensibilidad e imaginación

fuelle de toda maravilla. Y hoy sería inimaginable la literatura de nuestro tiempo, si aquel pequeño Georgie en aquel Palermo de las orillas no hubiera tenido el privilegio de criarse en aquella *biblioteca de ilimitados libros ingleses* de su padre. La última, los dieciocho años que él pasó como Director de la Biblioteca Nacional, lo convierten inexcusablemente



en aquel *guardián de los libros*, cuya imagen él acuñó simbólicamente en la figura de aquel bibliotecario Hsiang en su *Elogio de la sombra* (O.C., 999). Y si en esa etapa Dios le dio la *magnífica ironía* de poseer *los libros y la noche*, también le dio la profunda sabiduría de un hombre que a la altura de sus años podía gozar con serenidad de esa ilimitada biblioteca, que le traía la lectura de los libros a través de ojos ajenos.

No son, en cambio, de esta sustancia los años que pasó (que padeció) en aquella biblioteca del *barrio gris y monótono hacia el suroeste de la ciudad*. A lo largo de su *Autobiografía*, el propio Borges recuerda con oprobio las innumerables humillaciones que allí padeció: la mediocridad de sus compañeros de trabajo, el desprecio por no parecerse a ellos, el vulgar *snobismo* de las empleadas, la paradoja de ser conocido y respetado en medios intelectuales e ignorado dentro de esa biblioteca secundaria, la periódica humillación de recibir el kilo de yerba con que premiaban a los empleados, y hasta un caso de violación en el baño de las mujeres. Que este degradante proceso haya culminado con su vergonzoso "ascenso" a "*inspector de aves y conejos en los mercados*" por razones políticas, no es incoherente ni inexplicable⁴.

Por esos mismos años en que trabajaba en esa biblioteca de los suburbios, Borges compuso varios de los cuentos que luego reuniría en la primera parte de su fundamental *Ficciones*. Entre ellos, "*La biblioteca de Babel*", un relato publicado primero en *El jardín de los senderos que se bifurcan* de 1941⁵. Lo singular de este cuento es que antes, ya había sido prefigurado en "*La biblioteca total*", un breve artículo que publicó en la revista *Sur* en 1939⁶.

Que Borges diera dos o más versiones de una misma idea en un breve plazo, no es nada asombroso. Basta con recorrer brevemente el índice de sus páginas para descubrir cómo se "copia" a sí mismo en sus preocupaciones. Pero en este caso vale la pena preguntarse si esa segunda "versión" surgía de una preocupación original o de la materia literaria de la que había creado la primera. Es decir, si surgía de la persistente realidad o de esa otra realidad, que era para Borges la literatura. De cualquier modo, en ambos casos eso demostraba que la sustancia de muchas composiciones borgesianas, nacía de una obsesión, de una auténtica angustia de la que él sólo podía liberarse por medio de la palabra.

Aquel primer artículo de la revista *Sur*, "*La biblioteca total*", se abre con un juicio ciertamente sugestivo. Allí Borges se "maravilla" de que los hombres hubieran tardado tanto en pensar en esa idea. Obviamente no existe un modo de medir el tiempo de la imaginación de los hombres. De evaluar su rapidez o tardanza. Más acertado puede ser, en este caso, suponer que la extrañeza de Borges procedía de su propia experiencia personal: a él le habría llegado muy "tempranamente" aquella idea de esa Biblioteca Total y por eso comparaba su tiempo con el de los demás. De allí, que la hubiera volcado en más de una versión. Y hasta es probable que la primera idea de este tipo hubiera surgido de la biblioteca paterna *de ilimitados libros ingleses* en la que se crió. No deja de ser sugestivo, por cierto, que a cierta altura de su vida, ya siendo un escritor consagrado, Borges confesara que

"...yo tengo la impresión de que [la biblioteca de mi padre] era infinita. Pero no creo que realmente fuera así..."⁷.

Pero a pesar de esas limitaciones, aquella mitológica biblioteca paterna era para el ávido Georgie fuente de toda maravilla. Entre ellas, la erudición y el orden, entendiendo este *orden* (para el futuro lector de Flaubert y de Virgilio) como una garantía del universo y de la literatura. No en vano recuerda que allí estaban "*la Enciclopedia Británica, la Enciclopedia de Chambers, el Diccionario Enciclopédico de Montaner y Simón*", que para Borges significaban la vastedad del conocimiento perfectamente ordenado para la inteligencia humana.

A diferencia de la biblioteca paterna, la Biblioteca Total (la idea de la Biblioteca Total) de su ensayo surge como un producto enajenado de la mente humana. Si el autor podía maravillarse de la demora en su aparición, no menos singular era la forma terrible que esa biblioteca adoptaba. Su tardío inventor habría sido Gustav Theodor Fechner y su primer expositor, Kurd Lasswitz en su libro de relatos fantásticos *Traumkristalle*. Sin embargo, Borges encontraba sus posibles antecedentes en Demócrito y Leucipo y proponía sus relaciones "con el atomismo y con el *análisis combinatorio, con la tipografía y con el azar*", aunque también podía reconocerla en la máquina mental de Raimundo Lulio y en la doctrina del Eterno Retorno de Blanqui y de Nietzsche. De modo similar podía sumar también en aquella nómina nombres tan disímiles como los de

Marco Tulio Cicerón y Blas Pascal, Jonhatan Swift y Gustave Flaubert. Y en la última parte de esta heterogénea lista aparecerían también los nombres de Aldous Huxley y Lewis Carroll. De la conjunción de todos ellos surgiría la propuesta de Lasswitz de repetir y variar los símbolos tipográficos en forma interminable (no olvidar que entre los antecedentes se encuentran ideas de inmortalidad) hasta adquirir las dimensiones de "*una Biblioteca Total de tamaño astronómico*".

Que tantos nombres ilustres se hubieran conjurado para recuperar ideas o imaginaciones del horror y el caos, no deja de ser extraño. Sin embargo, sobre ellos se funda la terrible conclusión a la que arriba en su artículo. Borges postula allí la dimensión o la forma que tendría aquella hipotética biblioteca inhumana. Si por sus dimensiones "*infinitas*" podía recordarle la biblioteca de su padre, al ser imagen de un caos terrible se oponía a la sustancia de aquella biblioteca paterna. Sería una biblioteca que contendría todo y de todos modos hasta adquirir el tamaño del universo. Todo ello dispuesto en *ciegos volúmenes* formados de *insensatas cacofonías, de fárragos verbales y de incoherencias*. Todo, sin que a lo largo del tiempo, *los anaqueles vertiginosos* les hubieran deparado a las generaciones de hombres *una página tolerable*.

Si en el pensamiento de Fechner y en la imaginación de Lasswitz la siniestra biblioteca tenía esas características, en el artículo con que la describe Borges, la Biblioteca alcanzará la dimensión del Universo y tendrá los atributos de la infinitud, la periodicidad, la totalidad y el caos. (Atributos terribles que podrían resumirse, en última instancia, en el concepto de *infinito*, del que él señala en otras páginas que "*es el corruptor y desatinador de los otros*"⁸). Sin embargo, Borges en su artículo no elabora detenidamente esos conceptos, aunque los sugiera en la imagen de aquella "*biblioteca inhumana, que organizaría el azar y eliminaría la inteligencia*". Prefiere, en cambio, esperar unos pocos años hasta construir una imagen aún más terrible que aquella en su relato "La Biblioteca de Babel".

Como otros trabajos de *Ficciones* –"Tlön, Uqbar, Orbis Tertius"; "Pierre Menard, autor del Quijote"; "La Lotería en Babilonia"; "Funes el memorioso"; "Tres versiones de judas"; "La Secta del Fénix", etc.– este texto pertenece a ese género fronterizo entre el cuento y el ensayo, en el que Borges fuera celebrado maestro. En apariencia estas páginas reproducen el

relato de un viajero, que peregrinó toda su vida "*en busca de un libro, acaso del catálogo de catálogos*" y que con sus ojos ya casi ciegos compone este informe –acaso desde la misma biblioteca– esperando la muerte a unas pocas leguas del hexágono en donde nació. Pero detrás de esta historia del viajero aparece la imagen del hombre perdido frente a un Universo (Biblioteca) que lo trasciende e ignora. Para elaborar este concepto, Borges parte de ideas que ya había pergeñado en el artículo de la revista *Sur* e inclusive repite varias veces en este texto que la Biblioteca de Babel es una *biblioteca total*. En otros párrafos exalta las nociones de *análisis combinatorio* y de repetición ilimitada que había señalado antes en su artículo, o la idea de Lasswitz (a quien llama irónicamente "*un bibliotecario de genio*", *O.C.*, 467) de variar sin término los veinticinco símbolos ortográficos, a los que pueden reducirse todos los idiomas posibles. También en el curioso inventario de esta Biblioteca de Babel repite algunos de aquellos hipotéticos registros, que poseía aquella Biblioteca Total de su artículo.

Si en apariencia aquellas páginas de la revista *Sur* aparecían como una glosa del cuento de Lasswitz destinadas a mostrar la imagen monstruosa de una biblioteca inhumana (aunque, en realidad, hablara del infinito), las páginas de "La Biblioteca de Babel" tendrían una imagen menos equívoca al proponernos desde el comienzo que esa biblioteca es sinónimo del Universo y está compuesta "*de un número indefinido, tal vez infinito, de galerías hexagonales*". Para enfatizar esa imagen, Borges señala la presencia de un espejo que "*promete el infinito*", y dice que la biblioteca es interminable, que sus hexágonos definen el Espacio Absoluto y que "*la biblioteca es una esfera cuyo centro cabal es cualquier hexágono cuya circunferencia es inaccesible*" (p. 466). Y más tarde agrega una imagen que supera en su ilimitada repetición los afiebrados veinticinco símbolos ortográficos de Lasswitz, que prometían el infinito: "*A cada uno de los muros de cada hexágono corresponden cinco anaqueles; cada anaquel encierra treinta y dos libros de formato uniforme; cada libro es de cuatrocientas diez páginas; cada página, de cuarenta renglones; cada renglón de unas ochenta letras color negro*".

Concebida hasta aquí como un mero artificio narrativo, la imagen de esta biblioteca insondable que mejora minuciosamente la perfección anterior, aparecería como una simple *reductio ad absurdum* de sus posibilidades. En apariencia, mientras que *La*

Biblioteca total de su artículo era inhumana y caótica, la *Biblioteca de Babel* del relato sugeriría una ciega y minuciosa organización encargada de mantener aquel orden terrible. Sin embargo, el relato de Borges se interna en un terreno más complejo que desnuda el verdadero rostro de esa biblioteca-universo. Para acercarnos a sus significados vale la pena regresar a unas palabras de su autobiografía.

Aunque mis colegas [de la Biblioteca Municipal "Miguel Cané"] me consideraban un traidor porque no compartía su diversión bulliciosa, yo seguí escribiendo en el sótano de la biblioteca, o en la azotea cuando hacía calor. Mi cuento kafkiano "La biblioteca de Babel" fue concebido como una versión pesadillesca o una exageración de aquella biblioteca municipal, y ciertos detalles del texto no tienen ningún significado especial. La cantidad de libros y anaqueles que allí figuran son literalmente los que tenía junto al codo.

Y luego con magnífica ironía señala que

Críticos ingeniosos se han preocupado por esas cifras, y han tenido la generosidad de dotarlas de significado místico.⁹

Críticos encargados de inventar, como muchas veces sucede, respuestas tan o más ficticias que los trabajos analizados. Respuestas que el propio Borges se encarga de zaherir en un breve párrafo de su propio cuento:

(Yo sé de una región cerril cuyos bibliotecarios repudian la supersticiosa y vana costumbre de buscar sentido en los libros y los equiparan a la de buscarlo en los sueños o en las líneas de la mano...) (O.C. ,466).

Que Borges era un devoto lector de Kafka, lo prueba la persistencia con que reaparecen directa o indirectamente las páginas del autor de *La metamorfosis* en las páginas de Borges. Si en sus *Otras Inquisiciones* Borges había incluido su deslumbrante ensayo "Kafka y sus precursores" de 1951 (O.C. , 710 y ss.), casi veinte años antes ya lo había prefigurado en los dos artículos de Discusión en que analizaba la perpetua carrera entre Aquiles y la tortuga (O.C. , 244 y ss. y 254 y ss.). En aquellos artículos de los años '30, Borges ya anticipaba el tema de las interminables postergaciones y la espera sin límites del mundo de Kafka. Y veinte años más tarde en su artículo de *Otras Inquisiciones*, le agregaría

las nociones del absurdo, de la vigencia de un dios secreto y desconocido, del sentido secreto de nuestros actos y de la imposibilidad de encontrar el nombre verdadero de las cosas, que aparecían en las páginas de Kafka y también paradójicamente en sus propias páginas. A este último artículo pertenece su lúcida sugerencia de que "*cada escritor crea sus propios precursores*" (O.C., 712), aludiendo a aquéllos escritores anteriores a Kafka a los que éste convirtió involuntariamente en sus propios antepasados. Una sutil vuelta de tuerca para que el propio Borges pudiera convertir al propio Kafka en uno de sus precursores.

Contempladas de este modo, las propias palabras de Borges de que "La Biblioteca de Babel" era un *cuento kafkiano*, nos induciría a concebir que este cuento llevaba a la perfección las pesadillas de aquella Biblioteca Total del artículo de *Sur*. Sin embargo, en sus artículos de aquellos años sobre Kafka no se detenía en un cuento del narrador checo, al que años más tarde definiría como su texto preferido: "La construcción de la muralla china":

"... si yo tuviera que elegir una pieza de Kafka [...] elegiría *La construcción de la muralla china*, que es una breve obra maestra. Ese cuento fue escrito en la segunda década del siglo, y sin embargo, podía haber sido escrito desde siempre. Con todos los cuentos de Kafka pasan los mismo; es como si fueran mitos."¹⁰.

Como en otros relatos de Kafka, el narrador de este cuento describe serenamente una realidad asombrosa y terrible como si fuera una experiencia cotidiana. No hay ninguna entonación en estas páginas que pueda sugerirnos el pavor o el espanto. Y pronto entendemos que para el hombre que cuenta aquella historia, aquélla es la única realidad posible¹¹.

Este punto es esencial para entender por qué el viajero de "La Biblioteca de Babel", a punto de morir y casi ciego, acepta como algo natural que nunca podría salir de aquella biblioteca a la que destinó toda su vida. Del mismo modo, el albañil que describe la construcción de la muralla china, concluye su relato porque no quiere saber más allá de lo que le está permitido. Esta aceptación de los narradores de Kafka y de Borges de su imposibilidad de trascender los límites del mundo absurdo en que viven, es lo que le da paradójicamente a este mundo su sentido. Todo allí es vasto, inhumano y desconocido para el hombre, porque tal vez éste íntimamente quiere que así sea.

Saben que viven en medio de verdades aberrantes pero seguras, y que el entendimiento puede a veces ser más terrible que la divina oscuridad que los cobija. En última instancia, ambos saben que la Biblioteca y la Muralla perdurarán imperturbables, solitarias, infinitas, más allá del precario límite de sus vidas.

Pero fuera de estas certezas, el albañil y el viajero de estos relatos también saben o intuyen que detrás de la Biblioteca y la Muralla hay una organización superior que las gobierna. Para el personaje de Borges esa organización es un orden, el Orden, que remeda "el divino desorden" (*O.C.*, 469) que gobierna el Universo; para el albañil kafkiano es la Conducción, cuyos arbitrarios designios sólo pueden conocerse parcialmente. En ambos casos, el personaje se alegra al menos de conocer aquello que le permite su condición humana y eso alimenta su esperanza. Tratar de penetrar más allá es insensato y estaría condenado a la decepción o el fracaso.

Los límites que me impone mi capacidad mental son bastante estrechos -dice el narrador de "*La construcción de la muralla china*"-, el territorio, en cambio, que habré de atravesar, es infinito¹².

Esta secreta Conducción insondable e inhumana que aparece en el cuento de Kafka, sedujo particularmente al Borges de aquellos años. Su huella se reconoce en varios de sus relatos, pero particularmente en otro de los cuentos de *Ficciones*: "La Lotería en Babilonia". En este texto, el babilónico que cuenta la historia alude a una misteriosa Compañía, que se gobierna por decisiones secretas y organiza por medio de una lotería arbitraria el azar y el destino de todos los habitantes. No en vano en alguno de sus párrafos el narrador habla con lenguaje cifrado de "*una letrina sagrada llamada Qaphqa*" (*O.C.*, 458), para denunciar la filiación kafkiana de aquella aberrante Lotería.

Tan desafortunada como la Compañía que dispensa el azar en Babilonia o la Conducción de la muralla china, es el Orden que gobierna la Biblioteca. Sólo que en este caso, la asociación del Universo con una Biblioteca está teñida en el cuento de un segundo sentido. No deja de ser sospechoso que, aunque a lo largo de todo el texto el narrador se refiera a ella como el Universo, la Biblioteca o la Biblioteca total, sólo en el título del relato la denomine Biblioteca de *Babel*. En apariencia este *Babel* provendría también del relato de Kafka, ya que éste es sugestivamente el único nombre que aparece asociado con el modelo ideal al que la muralla china debe superar:

...sólo la gran muralla, por primera vez en los anales de la humanidad -dice el albañil del relato-, procuraría cimientos seguros para levantar una nueva torre de *Babel*.... (p. 158).

Y también señala que todo lo que cuenta, lo escribió un sabio en un libro que "*se hallaba en todas las manos*".

Si Borges tomó o no del relato de Kafka la idea de una Biblioteca de Babel, es motivo de hipótesis. Lo mismo ocurre con la búsqueda del "Hombre del Libro" (*O.C.*, 469) de su cuento, que tal vez podría provenir o no del sabio del relato kafkiano. Las afinidades son evidentes, pero los caminos de la inspiración son secretos e insondables. Y por otra parte, es evidente que las imágenes que propone Kafka en su cuento no lo hubieran conmovido, si antes no hubieran formado parte del íntimo mundo borgesiano.

Sin embargo este problema no es tan complejo, como la misteriosa paradoja que nos sigue planteando la elección del nombre de *Babel* para la biblioteca. Que una biblioteca esté asociada con aquella fabulosa torre del Antiguo Testamento que aspiraba a llegar al cielo y terminó con la confusión de las lenguas, es una contradicción evidente. Su función es justamente la opuesta: ordenar el caos y multiplicar el entendimiento. Ésos eran sugestivamente los atributos que Borges encontraba en la *infinita* biblioteca de su padre y en aquellos versos en que la asociaba con la imagen del paraíso. La biblioteca de *Babel* (el *Babel* de su biblioteca), en cambio, es una organización perfecta para engendrar el caos y provocar la confusión y el escándalo entre sus lectores-habitantes.

Hay por lo tanto en la vida de Borges una biblioteca como sinónimo del paraíso que está al comienzo y al final de sus días. Y hay otra biblioteca del espanto, que es una metáfora del infierno. Esta metáfora está asociada con sus lecturas de la Biblioteca Total de Lasswitz y de Fechner, el descubrimiento vertiginoso del mundo de Kafka y sus experiencias en la abrumadora biblioteca suburbana "Miguel Cané". En ambos casos, el propio Borges no vacila en describir sus fuentes y señalar sus filiaciones directas. Se trataría, por lo tanto, de dos etapas distintas de su vida marcadas por las lecturas y la experiencia. Sin embargo, una lectura menos complaciente, nos internaría por otros caminos menos evidentes que el anterior, pero que tal vez nos brinde otras respuestas. Caminos que nos

conducen paradójicamente a las propias páginas de Jorge Luis Borges.

Unos pocos años después de aquel cuento y de aquel artículo, Borges publicaría en sus *Otras Inquisiciones* un artículo que compuso en el Buenos Aires de 1950. Su título se enlazaba sugestivamente con los relatos ya citados de Borges y Kafka: "La muralla y los libros". El artículo es de una gran sutileza y allí Borges propone un modelo de ensayo basado en la conjetura. En él sus juicios están atenuados por el acaso, el *quizás*, el *tal vez*. Con ejemplar humildad no propone en él ninguna solución, sino sólo una serie de hipótesis posibles. Su sustancia proviene de una lectura que había realizado esos días: el primer Emperador, Shih Huang Ti, "el hombre que ordenó la edificación de la casi infinita muralla china", había dispuesto también que se quemaran todos los libros anteriores a él (O.C., 633).

Borges sugiere en su artículo que la tarea emprendida por el primer Emperador no le interesa tanto por la aparente contradicción que ella encierra, sino por sus desaforadas dimensiones:

Quemar libros y erigir fortificaciones es tarea común de los príncipes; lo único singular en Shih Huang Ti fue la escala en que obró,

dice Borges. Y fundamenta su juicio al afirmar que no es lo mismo cercar un jardín o un huerto, que un imperio; ni tampoco que

la más tradicional de las razas renuncie a la memoria histórica de su pasado.

El resto del artículo es una serie de inferencias sobre las razones que habrían llevado al Emperador de la China a esta tarea increíble y desaforada.

Para los fines de este trabajo no importan aquí las aberraciones de Shih Huang Ti, sino la particular elección que hizo Borges de una historia como ésta (*inexplicablemente me satisfizo y, a la vez, me inquietó*, confiesa). Y, como ocurría con las imágenes del cuento de Kafka, es posible suponer que estas imágenes de la construcción de la muralla china y de la destrucción de los libros reunidas en una sola persona no lo hubieran conmovido, si antes no hubieran pertenecido a su mundo interior. Tal como antes había hecho el Emperador Shih Huang Ti - construir una biblioteca aberrante como aquella

muralla y destruir el sentido que él mismo le asignaba a los libros- parecería ser también una constante en la obra borgesiana. No importa que él imaginara aquella biblioteca como una metáfora del paraíso, si la imagen de aquella otra temible Biblioteca-Universo, superior al tiempo y ajena a la condición humana, lo acecha a cada paso. No en vano señaló John Updike

Quizás desde Lucrecio no ha habido un poeta que sintiera de manera tan definitiva [como Borges] que los hombres son meros incidentes en sus páginas¹³.

Esto tal vez lo sintió Borges frente a la Biblioteca Total de su artículo, cuando decía que aquella imagen de pesadilla había sobrevivido, sin que *a lo largo del tiempo*, los anaqueles vertiginosos *les hubieran deparado a las generaciones de hombres* una página tolerable. Y quizás también lo sintió, cuando la dibujó poco después como la angustiada Biblioteca de Babel de su cuento, en donde imaginó que ella perduraría:

iluminada, solitaria, infinita /.../ inútil, incorruptible, secreta (O.C., 471).

Y treinta años más tarde, cuando las recuperó en las páginas de su cuento "El libro de arena" -" *...se llama Libro de Arena, porque ni el libro ni la arena tienen principio ni fin...*" (O.C. v. 2, 69)-, en donde redujo la vasta biblioteca a un solo volumen con un número infinito de páginas. Páginas que se multiplicaban insensata e interminablemente sin orden ni coherencia. (No deja de ser sugestivo que a ese mismo libro pertenezca su "Utopía de un hombre que está cansado", en donde elaboró la metáfora más sombría de su época. Allí, entre otros males, censuró un tiempo en el que la insensata multiplicación de las lenguas -la *Babel* del Antiguo Testamento- había traído la multiplicación de los pueblos y de las guerras¹⁴).

Cada escritor crea sus propios precursores había sugerido Borges en sus páginas sobre la obra de Kafka, aludiendo de este modo a aquellos escritores que se habían convertido involuntariamente en antepasados del autor de *El proceso* y de *La metamorfosis*. Y algo similar podría decirse de aquellos antepasados de Borges, que habían prefigurado en sus páginas las páginas de *El Aleph*

y *El informe de Brodie*. Eso tal vez le ocurra a cada escritor con su propia obra: tal vez él *crea* en sus propias páginas, las páginas que él mismo había escrito antes. Eso posiblemente nos ocurra también a nosotros sin que nos demos cuenta. Eso tal vez le ocurrió a Borges, cuando compuso aquellas páginas.

En ellas quiso recuperar la imagen de la *infinita* biblioteca de su padre y erigió, en cambio, siniestras bibliotecas de Babel, anaqueles vertiginosos, libros de arena, galerías interminables, para volver a nombrar, quizás sin saberlo, con otras palabras, las mismas angustias, la misma interminable pesadilla.

notas

¹ *Obras Completas* (Bs. As., Emecé Editores, 1974, p.101). En adelante las *Obras Completas* se citan como *O.C.*

² J.L.Borges con Norman Thomas di Giovanni: *Autobiografía 1899-1970* (Bs. As., El Ateneo, 1999, p. 105. Es traducción del *Autobiographical Essay*, 1970).

³ *Poema de los dones* (*O.C.*, 809).

⁴ *Autobiografía...*, p. 112.

⁵ "La Biblioteca de Babel", como el resto de "El jardín de los senderos que se bifurcan", formó luego parte de *Ficciones* a partir de 1944.

⁶ Buenos Aires, año IX, N° 59, agosto de 1939, p. 24-27. Debido a su brevedad, las citas textuales de este artículo se harán con letra cursiva sin especificar el número de la página.

⁷ En *Borges el memorioso. Conversaciones de J. L. B. con Antonio Carrizo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 19. En el Prólogo de *El otro*, él mismo dice que "*menos que las escuelas me ha educado una biblioteca -la de mi padre...*" (*O.C.*, 858).

⁸ "*Hay un concepto que es el corruptor y desatinador de los otros. No hablo del Mal, cuyo ilimitado imperio es la ética. Hablo del infinito*" ("Avatares de la tortuga" en *Discusión*, *O.C.*, 254).

⁹ *Autobiografía...*, p. 112

¹⁰ Alifano, Roberto: *Conversaciones con Borges*, (Bs. As., Torres Agüero Editor, 1994, p. 282).

¹¹ Ben Belitt encuentra la matriz kafkiana de este cuento en la búsqueda de la "Ursprache", el lenguaje original, la lengua madre. Aunque a este tema lo considera más explorado por Borges en la palabra jeroglífica de *La escritura del Dios* ("The enigmatic predicament: some parables of Kafka and Borges" publicado en *Prose for Borges* (*TriQuarterly*, N° 25, fall 1972, Northwestern University, Evanston, Illinois, p.287).

¹² En Cecchi, César y Pérez W., María Luisa: *Antología del cuento moderno* (Sgo. de Chile, Ed. Universitaria, 1991, ps. 155-165).

¹³ Updike, John: "El autor bibliotecario" (*The New Yorker*, 30 de octubre de 1965. Se cita por la traducción de J.A. en AA.VV.: *Borges y la crítica*, CEAL, 1981, p. 85).

¹⁴ "El libro de arena" y "Utopía de un hombre que está cansado" se publicaron en el libro del mismo título de 1975 *Obras Completas*, vol. 2 (Emecé editores, 1989, ps. 68 y ss. y 52 y ss., respectivamente). La idea de un libro infinito en lugar de una Biblioteca estaba prefigurada en una nota final de *La Biblioteca de Babel*: "...en rigor, bastaría un solo volumen, de formato común impreso en cuerpo nueve o en cuerpo diez, que constara de un número infinito de hojas infinitas". La nota no apareció en la versión original de *El jardín de los senderos que se bifurcan* de 1941 y Borges la agregó en la edición de *Ficciones* de 1944.